

Próximo número:

# El Rancho del Oro

una de las mejores producciones interpretadas por el célebre "as" de la pantalla WILLIAM S. HART

RUIDOSO EXITO

Delicada historia de amor de un hombre del Oeste.

Postal fotografía:

DOROTHY DALTON

Sale todos los miércoles. Precio 25 cts.

Caso de gustarle coleccionar todas nuestras postales en un lujoso album, no tarde más tiempo en completar la colección de nuestras novelas ahora que están listas las reimpresiones de los números agotados.

# La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 46

25 cts.



LA HIJA  
DEL ARRABAL

por  
Elsie Ferguson

FilmoTeca  
de Catalunya

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

---

Redacción } Gran Vía Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO II

N.º 46

---

---

## LA HIJA DEL ARRABAL por ELSIE FERGUSON

---

**Programa Rialto**

---

**Concesionarios: SELECCINE, S. A.  
Ronda Universidad, 14 • Barcelona**

---

-- Argumento de la película de dicho título --

---

---

Si alguien supo alguna vez de donde había venido Juanilla, todos lo habían olvidado. Su origen era tan obscuro como su nombre, ó como los rincones cubiertos de telarañas en los cuales habían nacido sus ensueños y sus ilusiones.

Mientras menos se hable y se sepa de la abuela con la cual habitaba Juanilla, mejor...

Juanilla no se apellidaba Cusing. Adoptó este nombre cuando se fué enterando de que el resto de las gentes tenía nombre de pila y

nombre de familia, sin preocuparse de lo demás.

En términos generales puede decirse que Juanilla era un "accesorio" indispensable para la quisquillosa vieja que sólo tenía para ella el interés equivalente á sus servicios de incansable criada.

Los que conocían á Juanilla, se apiadaban de ella. Se la veía tan buena, que nadie osaba compararla á una de las mujeres que á menudo recibía la abuela en su casa...

Claro que Juanilla, criada en un ambiente tan peligroso y desorientable, tratada con acritud, sin afecto ninguno, no podía ser un modelo de niña en lo que se refería al carácter, pues era natural que la desconsideración de que había sido objeto desde sus primeros años había engendrado en ella tal desapego á la vida, que nada ni nadie interesaba su indiferente corazón salvo las criaturas ó los animalitos. Por instinto, amaba á los tiernos seres expuestos al capricho del destino, recordando tal vez que si alguien la hubiese amado á ella, cuando tenía esa edad, no sería tan desgraciada como lo era entonces.

Aquella vida desastrada y cruel enseñó á Juanilla muchas cosas: entre otras un valor que no hacía estremecer ni la presencia de gente de mal vivir en el barrio ni las desvergüenzas de los holgazanes del arrabal.

Un día al salir de casa del tabernero donde su abuela la mandó á buscar vino, para obsequiar á dos amigas y un amigo, los tres, por miseria humanal, nacidos para no trabajar, sorprendió á unos muchachos martirizando á

un gato. Apiadándose del felino, se abrió paso entre esa juventud cruel y les increpó con cólera:

—Dejad en paz á ese gato, bribones...

Juanilla no previó las consecuencias de su noble arranque, y salió magullada de la colisión que armaron todos los chiquillos contra ella, á pesar de la fiereza con que se defendía;



*...Juanilla, crecida en un ambiente tan peligroso...*

y, además, fué conducida por un agente de policía secreta á presencia del juez, como causante de la reyerta en plena calle. La idea del policía era sin embargo laudable, pues, al corriente del modus-vivendi de la abuela de Juanilla y del modo de vivir de ésta, sugirió al

juez que sería bueno apartar á la joven de la vieja, para que, como las frutas buenas, en el cesto de las podridas, aquélla no fuera instrumento de la desaparición de la última.

El juez sometió á Juanilla, cuando á ésta le tocó su turno, á un razonado interrogatorio para sondear su alma:

—Eres acusada de haber promovido un escándalo en el arrabal pegando desafortadamente á unos muchachos.

—Repelí su agresión en justa defensa.

—¿No hay aquí ningún miembro de tu familia para protegerte?

—No tengo más familia que mi abuela... y no es mi abuela de veras... y además tiene mala voluntad á todos los jueces.

—Juanilla, eres demasiado joven para comprender ciertas cosas, pero me dicen que esa, tu abuela, es una mala persona, y te voy á mandar á un reformatorio, hasta que tengas dieciocho años.

De modo que por varios años el reformatorio fué el mejor hogar que Juanilla hubiese conocido y todas sus compañeras aprendieron pronto á quererla y á respetar su carácter y voluntad firme y dura como las almohadas de su camastro del arrabal.

María Laroux era la íntima amiga de Juanilla; ambas se consideraban hermanas en el inmenso lago de las criaturas sin nombre, y su cariño no conocía límite.

A Juanilla y á María se les ocurrió cierta vez hablar de proyectos á realizar al cumplir 18 años, de los que andaban cerca:

—Pronto saldremos de aquí, María. Tú, ¿qué

proyecto tienes?

—Todavía no lo he resuelto, pero una cosa es segura que no me iré á trabajar en una de esas granjas de los alrededores aunque me ofrezcan á dolar por minuto.

—Pues yo no sé lo que haré tampoco, pero me propongo aprender todo lo que puedan enseñarme, porque he averiguado que las gentes que más saben son las que lo dirigen todo.

Entretanto, una señora del lugar visitaba á la directora del reformatorio.

—Soy la señora de Doane y mi marido y yo tenemos una granja aquí cerca. Mi marido piensa tomar á sueldo á una muchacha que nos ayude... y vengo á ver qué es lo que tiene usted para ofrecernos.

—Precisamente hay dos muchachas que deben salir uno de estos días. Las dos son de toda confianza y pueden convenirle á usted... Pilar, hágame el favor de decirle á Juanilla que venga.

Juanilla no se hizo esperar. La Directora la enteró de los deseos de la señora de Doane y le cedía la plaza con preferencia á María. Juanilla vacilaba entre determinarse á aceptar y á seguir á su "hermana".

La señora de Doane, á quien, al parecer, Juanilla había causado una excelente impresión, insistió en ofrecerle el empleo.

—No somos más que mi marido y yo... y la granja no es fea ni triste, es decir... no muy triste. ¿Por qué no hace usted la prueba aunque sólo sea por unos cuantos meses?

El deseo de saberlo todo fué lo que decidió á Juanilla á hacer el ensayo.

—Bueno, si me enseña usted á hacer las cosas, yo trabajaré con gusto.

La separación, días después, de Juanilla y María, tuvo su fuerza emotiva. ¿Volverían á verse? ¡Por qué no! Se escribirían á menudo. Se contarían mutuamente las sorpresas que la vida iría revelándoles...



—Bueno, si me enseña usted á hacer las cosas,...

—Que seas muy feliz, Juanilla.

—Como tú misma, María.

—Juntas ó alejadas la una de la otra, no olvides que soy tu «hermana». Juanilla.

—Gracias, María. Mi cariño siempre será el mismo para tí.

—Adiós, hermana mía.

—Adiós, mi amada hermana.

Se abrazaron; se estrecharon; fundieron la tristeza de la despedida temblorosamente enlazadas... y María por un lado, y Juanilla por el otro, las dos «reformadas» se lanzaron en el nuevo camino de su vida.

Juanilla tomó á cargo la dirección de los asuntos de los Doane y al cabo de dos años de trabajo, de optimismo y pacientes luchas consigo misma, era una mujer fuerte de ánimo, de cuerpo y de corazón.

Los Doane veían en Juanilla á una muchacha sumisa, amantísima, y la envolvían de un sincero afecto... y sólo por cariño la seguían teniendo.

Muy cerca de la granja vivía la rica y orgullosa señorita Donaldson que, por obvias razones era soltera, ó, mejor dicho, solterona irremediable y además antipática.

La casualidad llevó á la propiedad de la citada señorita, á una ternera de la granja vecina. Juanilla la persiguió hasta allí y la regañó por su atrevimiento. En esta operación la interrumpió la señorita Donaldson que había presenciado, enojada, la violación de sus terrenos por el animal... y por Juanilla.

—¿Quién es usted?

—Soy de la granja de al lado.

—¡Ah! ¿Usted es aquella persona que la señora Doane sacó del reformatorio para hacerla su criada? ¿Y por qué estaba usted en esa cárcel? Lo de siempre, ¿no?

—Señora...

—La conoceré á usted la próxima vez que la vea. Ahora, ¡fuera de aquí!

—¿Qué mal la hice á usted, señora? Por qué la merezco ese desprecio? ¡Oh! ¿Es posible que en un corazón de mujer no quepa el sentimiento de la hidalguía?

—No quiero repetirle que se vaya usted. Yo no hago caso á las mujeres como usted; sé de qué mal adolecen todas ustedes... y las distingo á primera vista.



*...muchacha sumisa, amantísima...*

Juanilla, acongojada, asió del collar á la ternera y con la misma lentitud que en espíritu repetía las crueles palabras de la solterona, encaminóse hacia la granja.

En este preciso instante llegaban á la finca de la señorita Donaldson la hermana y el sobrino de ésta, respectivamente, por unos días

el último y por todo el verano su madre.

El tal sobrino, Meigs de nombre, quien á pesar de ser rico y joven tenía justificada fama de artista, vió á Juanilla antes de que desapareciera y exclamó, delante de su tía y de su madre:

—¡Qué semblante tan extraordinario tiene esa joven! Y eso que no puedo verle todo el rostro.

Cual si Meigs hubiese invocado al diablo, la tía apartó la vista de su hermana hacia el lugar opuesto al en que el admirativo sobrino dirigía la suya...

Después de la crueldad demostrada por la señorita Donaldson, la grata sorpresa de volver á encontrarse con María, su *hermana*, era un inmenso consuelo para Juanilla. La alegría de María no fué tan espontánea como la de su amiga porque la primera, doncella de la madre de Meigs, sabía que vería á Juanilla, aunque no al llegar, como había ocurrido, sino más tarde, después de haberse informado del paradero de la granja de los Doane. No tuvo tiempo María de escribir á Juanilla avisándole que su señora se la llevaba consigo hacia la finca de su hermana, situada en el mismo pueblo donde estaba la granja, toda vez que la noticia de la partida le fué dada á última hora.

Las dos antiguas compañeras de reformatorio se entrevistaron más tarde en una habitación de la granja. Hablaron mucho; se contaron infinidad de cosas demasiado largas para ser escritas, y de nuevo trataron de unirse:

—Tú siempre has tenido muy buen gusto,

Juanilla. Si quieres ir á la ciudad te daré una recomendación para un Salón de Peinados donde no tendrás amos, y en cambio te será fácil rozarte con gente de dinero.

—¿Tú crees que podré ser tan feliz en la ciudad como lo soy aquí, en estos campos?

—La quietud es para el reposo, para la vejez; tú eres joven y necesitas otra corriente de aire, conocer el mundo, los hombres.

Tal vez tengas razón. Y, la verdad, los Doane ya no me necesitan y quiero llegar á ser algo que valga la pena en este mundo. Iré á la ciudad, pero los hombres, con dinero ó sin él, no me interesan.

Los Doane, aunque ya no tuvieran necesidad de los servicios de Juanilla, sintieron mucho que se marchara. Además de entregarle, en testimonio de agradecimiento por su buen comportamiento con ellos, cierta cantidad, la desearon toda suerte de felicidades y la brindaron, por si la necesitara un día, su protección.

Estimulada por la seguridad de que su bondad le abriría un buen sendero en la lucha por la existencia, Juanilla se vió de lleno en el mundo, sola y sin miedo, alta la frente.

Durante un año luchó Juanilla contra el egoísmo y la sordidez de la ciudad, monstruo sin entrañas. Después de un año de esfuerzos y trabajos, de humillaciones y de sufrimiento, ella logró conquistar la victoria. Al cabo de ese tiempo, era la dama de compañía de la señora Gerard y de su hija.

Juanilla y María se escribían con frecuencia, pues la segunda, como se sabe, veraneaba con

su señora, y eran dichosas de su mutua felicidad.

La señora Gerard, (madre) le dijo un día á Juanilla:

—El señor Meigs, el famoso pintor, va á hacer un retrato de Edith, y deseo que la acompañe á todas las sesiones.

—Con mucho gusto señora.

Empezaron las «poses».

Juanilla amaba la belleza por instinto, y sólo el sentirse cerca de las cosas hermosas que abundaban en el taller del artista, era, á sus ojos, el más grato de los placeres.

Mientras el pintor trabajaba á su cuadro, Juanilla se ocupaba en labores caseras, que llevaba dentro de su bolso, y de esta manera el tiempo pasaba agradablemente para ella.

Un día, después de la acostumbrada sesión, Meigs se fijó más que los días anteriores en Juanilla y, después de contemplarla un instante, notificó á la señorita Edith, el original del cuadro:

—La joven que acompaña á usted parece muy severa; sin duda que sabe poner á cada uno en su lugar. Lo cierto es que para una mujer de posición inferior, es extraordinaria.

—Mamá y yo estamos muy complacidas de ella.

El retrato progresaba muy poco á poco, porque Meigs, sin que se pudiera explicar la causa, no estaba satisfecho de su trabajo.

Cierta tarde, Juanilla llegó sola al estudio del pintor.

—La señorita no podrá llegar á tiempo hoy, señor. La señora me dijo que viniera á preve-

nirle y que yo esperara aquí á la señorita.

—Está bien. Siéntese usted... y perdone un momento: voy á preparar algo ahí dentro... ¡Diablo... se rompió el florero!

—No se moleste, señor: yo lo haré.

Juanilla, en un santiamén, recogió los restos del florero y puso las flores en otro búcaro que colocó, previo examen de los muebles de la habitación, encima de una consola. Meigs había seguido la delicada operación de Juanilla, y la felicitó cuando la hubo terminado:

—Esto está muy bonito... muy bien arreglado...

—Gracias, señor...

—¿Por qué eligió ese sitio para poner las flores?

—Me pareció que allí es donde se verían mejor, señor.

—Por lo que más quiera usted, deje de decir «señor» á cada instante... Diga sencillamente, sí ó no.

—Como usted quiera, se...

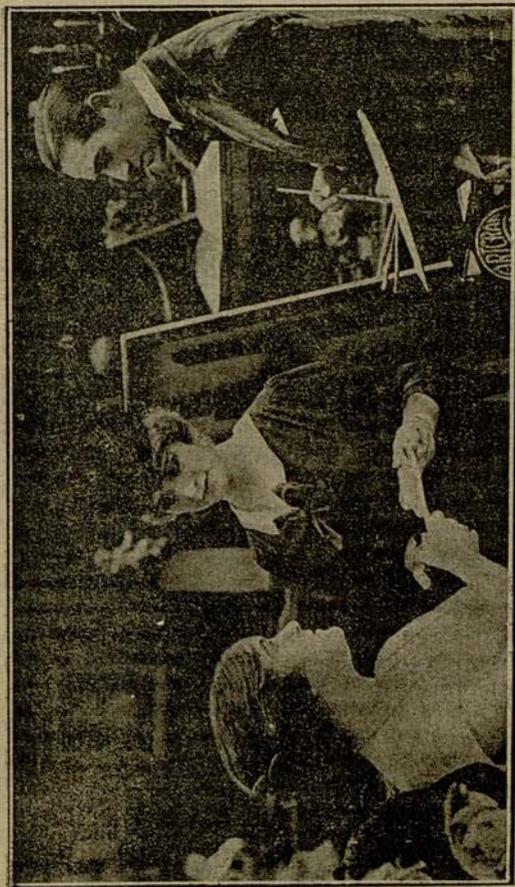
—Alto; en *quiera* hay punto. Se extrañará usted tal vez de mi modo de ser, pero entiendo que la palabra «señor» en sus labios denota un servilismo que no le corresponde ni remotamente á usted.

—Es una costumbre de subordinado á superior.

—Es una exageración... Suponiendo que estamos plenamente conformes en suprimir esa palabra «inútil», voy á pedirle á usted un favor.

—¿A mí?

—¿Le causa asombro? No hay motivo. Varias veces la he descubierto á usted en reflexión



El retrato progresaba muy poco á poco...

delante de algunos de mis cuadros, y presumo que todos aquellos seres que sienten,—usted es uno de ellos—pueden juzgar las obras de los demás. Fíjese usted pues: este es un cuadro que antes me parecía muy bien, pero que ahora estoy seguro de que no sirve. Dígame usted su opinión. ¿Qué es lo que le falta? ¿Por qué está defectuoso?

—Yo no sé... no sé... Me parece que el defecto está en que ella no tiene aire de ser la madre del niño. No lleva el amor impreso en el semblante... Mira al niño sin expresión... Una madre no debe mirar así á su hijito... La mirada de una madre debe ser, lo s pongo, una mezcla de alegría, de emoción y de tristeza, que dá á su rostro un matiz beatífico, de respeto... Mas, ¡qué sé yo, pobre de mi, cómo me miró mi madre!

Juanilla, cediendo al recuerdo de su tenebroso origen, entristeció súbitamente, y trasladándose imaginariamente al lienzo, para representar la madre defectuosa, sonrió al querubín con un aire tan humano y divino á la vez, que Meigs sorprendióse vivamente.

—Juanilla—exclamó—: de poco tiempo á esta parte, yo no hago ni pinto más que estupideces. ¿Quiere usted servirme de modelo para ese cuadro? Yo mismo pediré á la señora Gerard que la autorice á venir todas las tardes una hora.

La señorita Edith entró en aquel momento y seguidamente Meigs la informó de sus deseos respecto á Juanilla. Aquella accedió benévola-mente, en principio, pues era su madre quien había de decidir, y miró, discretamente curiosa,

alternativamente á Juanilla y á Meigs.

La señora Gerard también aceptó que Juanilla fuera al taller del pintor, por las tardes, y así fué como ésta empezó á ser motivo de algo bueno, simbólico, imperecedero.

Como inspirado por un nuevo ardor, el artista pintaba con entusiasmo mientras Juanilla le servía de modelo. En cuanto al retrato de la señorita Edith, no tardó Meigs en terminarlo á satisfacción de todos.

Día tras día, mirada tras mirada, palabra tras palabra, delicadeza tras delicadeza, fué naciendo entre el pintor y la modelo una real simpatía, una amistad indefinida... y llegó lo inevitable. Juanilla no supo que amaba hasta que encontró el amor cara á cara, tiránico, irresistible, arrollador. Meigs la sorprendió, sin permitirle disimular, mirándole fijamente, con un completo abandono de su voluntad. Al corresponder él rápidamente á su mirada, ella mantuvo la dulzura de la suya. El pintor dejó la paleta y los pinceles y, levantándose, se acercó á ella:

—¿Por qué me mira usted así? ¿Es posible?

—Meigs, yo no puedo, yo no debo seguir sirviendo á usted de modelo.

—¿Por qué, bien mío? ¡Hábleme! ¡Dígame la verdad... que me ama! Si es ello, yo te adoro, te idolatro desde que te ví la primera vez.

—No diga usted eso... No puede ser... El mundo de usted y el mío están separados por un abismo. Esto es hacer este trance más duro y más difícil para los dos...

—Juanilla; sólo sé que te amo... y que eres buena... Sé mi esposa...



—La quietud es para el reposo, para la vejez; tú eres joven y necesitas otra corriente de aire...

—Bien sabe que si se casara conmigo, una mujer pobre como soy, y huérfana sin familia, tendría usted que renunciar á sus amigos, á su familia y á su porvenir.

—Nada me importa sin tí.... Tu bondad tiene más mérito que la de las demás mujeres. La tuya ha sabido atravesar las dificultades que han debido alzarse en tu camino desde que tus padres murieron y quedaste sin más amparo que tu afán de trabajar para seguir adelante por tí misma. ¡Eres digna, Juanilla, muy digna á mis ojos y á los de todo el mundo, mi amor! Después de esta confesión en que puse alma y corazón, ¿no vas a decirme que me amas.... si quiera un poco?

—¡Oh, Meigs! No sé si alguna vez me arrepentiré de ello, pero te amo demasiado para resistir más á tu cariño. Seré tu esposa....

—¡Mi dulce bien!

—Y ámame, Meigs; ámame mucho... Que tu amor sea mi vida.

La inspiración de Meigs recogió ópimos frutos en la Exposición Moderna, y el artista y la modelo saborearon su triunfo en la excelsa visión del mañana, en que juntos recorrían el perfumado camino de la dicha.

Verificado el casamiento al que no quisieron asistir la madre ni la tía de Meigs, porque la mujer elegida, según se deducía de lo que él les había escrito era una advenediza bajo la capa de un rostro sentimental, Meigs y su esposa fijaron su residencia en París.

La única duda de Juanilla acerca de la solidez de su amor consistía en la conducta que

observaría la tía de Meigs si la reconociera... Meses después.

Al otro lado del Atlántico, la señorita Donaldson, sabedora de quien era la esposa de su sobrino, pues la había reconocido por una fotografía suya que Meigs mandó á su madre para que se cerciorara, tan sólo viendo su cara, de lo buena que era Juanilla, conversaba con un veraneante que le había sido presentado como escultor:

—Supongo, caballero, que, siendo usted artista, conocerá á cierto sobrino mío, un incorregible que vive en París... Se llama Meigs.

—Ya lo creo que lo conozco. He pasado con él una temporada en su casa de Versailles. Tanto él como su señora son amabilísimos.

—Naturalmente, ella trata de ocultar su pasado lo mejor que puede. Ojalá que Meigs se cansase pronto de ella. Su madre, al enterarse del origen de la intrusa, me ha prometido no volver jamás á ocuparse de él. Por mi parte ya tuve ocasión de decirle á esa despreciable mujer que no la quería ver cerca de mí. Es verdaderamente inconcebible que ella haya tenido bastante valor para casarse con mi sobrino, no ignorando como no debía ignorar,—(pues Meigs obligadamente tuvo que decirle que su madre estaba aquí, conmigo, y ella de sobras conoce el nombre de este pueblo y mi nombre)—, que yo soy su tía.

—A veces, señorita, ocurren ciertos casos imprevistos que nos obligan á tomar serias determinaciones.

—El hombre y la mujer, caballero, tienen la obligación, si no quieren desmerecer ante la

sociedad, de evitar los tropiezos á que se ha referido usted.

El acontecimiento inesperado ocurrido á Juanilla había sido el enamorarse de Meigs de modo tal que no pudo retroceder cuando él la estimuló á la confesión pronunciándole estas palabras: "*Nada me importa sin ti*" y estas otras: "*Eres digna, Juanilla, muy digna á mis ojos y á los de todo e mundo*".

No se le podía imputar á Juanilla, como falta el haber ocultado á su esposo, antes de que éste lo fuera, su pasado punto por punto, desde el arrabal hasta después del reformatorio.

Juanilla se aferró al amor cuando éste le salió al paso anulando sus acciones, y si, como ella lo entendía, el amor era lo más grande en la vida, y el hombre había de amar á la mujer por ella misma, no por su brillante posición ó nacimiento, no tenía ninguna necesidad de repasar meticulosamente sus desdichas de ayer. La mujer que puede admirar frente á frente al mundo, aunque el mundo, sin ponerla á prueba, la envilezca con la difamación, tiene derecho, pese á quien pese, á las mismas prerrogativas que la más públicamente honorable dama.

Esas y otras razones se hizo Juanilla para unirse á Meigs con el indisoluble lazo.

Lo cierto era que Meigs y su esposa eran felices y que su ventura, fuertemente arraigada en sus corazones, no corría peligro de que pudiera ser extirpada.

Meigs era todo corazón para Juanilla.

—Desde que estás á mi lado, mis cuadros se han hecho famosos, porque tu me enseñaste á

sentir el arte en toda su intensidad.

Amándola él como lo hacía y reconociendo que ella le había sido útil para tan admirable causa como la del Arte, Juanilla veía colmados sus más hondos anhelos.

La fama de sus pinceles llevó á Meigs y á Juanilla á través de sendas floridas y marcadas con besos. Por aquel entonces recibieron el encargo de restaurar la decoración del Convento de Santa Ana.

Juanilla ayudaba á su esposo preparándole los colores y secundándole con acierto.

—Necesitamos más luz, Juanilla. Hay que pedir á la hermana Clara que abra esta ventana.

Juanilla ejecutó la orden y al poco rato volvió con la monja requerida, quien entregó á Meigs la llave para que franqueara la luz de la ventana. Al abrirse ésta, se iluminó la estancia alegrándose los rostros y las cosas. Meigs, al asomarse al exterior, vió desfilar disciplinariamente en el jardín del convento á una cincuentena de muchachas vestidas de uniforme, y le preguntó á la hermana:

—¿Qué hacen aquí esas jóvenes, hermana?

—¿No lo sabía usted, señor? Santa Ana es, además de convento, una institución para jóvenes desgraciadas.

Juanilla no pudo reprimirse un ligero sobresalto....

—Tome, hermana Clara, sus llaves, y muchas gracias. Antes de marcharnos se las volveré á pedir.

—Queden ustedes con Dios, hermanos.

Meigs volvió á asomarse á la ventana, y ex-

clamó:

—Pobres criaturas, degeneradas, verdaderos despojos humanos. ¡Qué existencias tan penosas y terribles deben haber llevado!

Juanilla le replicó vivamente, afectadísima:

—No sabes cómo han vivido y por qué han venido á parar aquí. Eres injusto con ellas.

—¿Qué sabes tú de esas cosas penosas y sórdidas? Amor mío, no pienses en ello; naciste para la dicha, para pensar en cosas agradables y hermosas....

Juanilla escondió su rostro contra el pecho de su esposo para ahogar sus lágrimas, y éste, cariñoso, alcanzado por su generosidad, la besó en la cara, la besó en la frente, la besó en los ojos....

Unos días después, Meigs fué incidentalmente descubierto por un grupo de turistas del que formaba parte su tía con la sola idea de ver á su sobrino en París, hacia donde iba. Esta, que también vió á Juanilla que se hallaba frente á una tienda de antigüedades á pocos metros de su esposo que dibujaba, les volvió la cara y sólo un amigo de Meigs se adelantó á saludarlo. Se cruzaron pocas palabras por consideración á las señoras, que le esperaban, de simple amistad.

La tía se fundía de disgusto ante la indiferencia de Meigs, y deseaba en su interior poder vengarse.

Al día siguiente, en el mismo convento de Santa Ana, Meigs recibió una carta de su tía, que debió enterarse del por qué de su estancia en aquella localidad.

—No me equivoqué, Juanilla. Esto es de mi tía.... Quiere que vaya yo á verla.... Dice cosas muy impertinentes y ciertas respecto á nuestra situación y á la suya, y me afirma que tiene informes muy importantes que comunicarme. No me imagino qué puede ser eso.... ¡Bah, tonterías tuyas!

Juanilla aguantóse cuanto pudo delante de su esposo, por figurarse el motivo por el cual la antipática tía solicitaba una entrevista á solas con Meigs, mas le dijo:

—¿Por qué no vas á ver de qué se trata? Yo iría en tu lugar.

—Donde tú no seas recibida no debo tampoco entrar yo, pero, en fin, voy á faltar esta vez á la regla.

La entrevista tuvo lugar en la habitación del hotel donde la tía se hospedaba. Al percatarse Meigs de que ésta sólo le había llamado para hablar mal de su esposa, recordándole que su madre estaba medio loca desde que se casó con ella, contestó á su tía como lo entendió mejor para demostrar que estaba dispuesto á renunciar á todo por la elegida de su corazón y que no toleraría jamás á quienquiera que fuese la menor irrespetuosidad hacia su esposa.

Juanilla, entretanto, presa de un temor insospechado, que acrecentaba el recuerdo de las duras palabras que su esposo pronunció refiriéndose á las jóvenes desdichadas del Convento de Santa Ana. (víctimas de la vida como ella) optó por marcharse antes que ser interrogada por Meigs así que regresara completamente enterado de todo y tal vez de más por

su tía. Abrazándose á las ropas de Meigs, dijo:

—Te amo, te adoro, bien mío; por eso parto. No amaré ni perteneceré á nadie más que á tí.

Mientras, Meigs iba á alejarse de su tía, absolutamente indispuesto con ella. Esta lo estuvo decidiéndose, vengativa, á humillarlo ante ella misma, en el umbral de la puerta, y le manifestó, á la par que le entregaba una fotografía:

—Traje esto de mi casa de campo pensando que podría interesarte. Enséñalo á ella... También le ha de interesar...

—¿Qué es esto? ¿Ella estuvo en....?

—Sí... Ese reformatorio es su... escuela, que digamos.

—Es innegable que es ella. Mas, ¿cómo llegó esta fotografía á sus manos? ¿Por qué no me habló ella nunca de esto?

—Naturalmente que no te había dicho que estuvo prisionera en un reformatorio... por el delito de siempre....

—¡Oh, basta! No quiero oirla á usted más. Me causa usted horror. Mi mujer es mejor que usted... eso yo lo aseguro. En cuanto á su pasado, ella ha sido siempre buena y no la creo capaz de haber cometido el más insignificante delito. Voy á saber ahora mismo la verdad y empeño mi palabra de honor en que sabré hacer justicia.

Y Meigs devolvió, en mil pedazos, la precitada fotografía, á su desconcertada tía, arrojándole aquéllos á los pies, y salió corriendo hacia el convento. Llegó aquí cuando Juanilla iba á salir. Esta se escondió, espantada por lo furioso que volvía, y huyó después que él estuvo

en el interior del convento.

En lugar de su esposa, Meigs halló esta carta:

\*  
\*  
\*

*“Quise confesártelo todo desde un principio... y tu cariño me cegó. Eso que sin duda tu tía te ha dicho de mí, es cierto; pero no te preocupes: sé cual es mi deber y me separo de tí para no desprestigiarte. Es lo mejor para ambos, créeme; tu tía, una mujer á quien yo nunca me atreví decididamente á juzgar tan inhumana conmigo, es la que, en nombre de la sociedad que te rinde honores, me indica el camino que debo seguir, opuesto al tuyo. Sólo te pido una cosa: sé clemente conmigo cuando pienses en mí. SOLO HE COMETIDO EL IMPERDONABLE DELITO DE NO HABER CONOCIDO A MIS PADRES. A cambio de tu piedad, yo te deseo la mayor suerte posible.*

*Te adora tu  
JUANILLA.”*

Meigs se dió á la desesperación, pues si bien era cierto que no le fué nada agradable la noticia de la permanencia de Juanilla en el reformatorio, tenía el pleno convencimiento de que su esposa era y había sido siempre una mujer completa.

¿Qué hacer, si no sabía el paradero de Juanilla? ¿Hacia qué parte del mundo habíase marchado? ¿Tendría valor para abandonarlo?

En su justificada nerviosidad, Meigs increpaba en voz alta la conducta de su tía, jurando y perjurando que jamás la volvería á ver.

Juanilla, la pobre, en busca de la tranquilidad y el reposo, encaminóse hacia la casa donde conoció el consuelo de un afecto sincero

ro y general, el reformatorio que guardaba en sus muros el eco de tantas memorias....

La Directora del benéfico establecimiento no daba crédito á sus ojos al ver delante de sí tan transformada, á la gentil Juanilla como ella acostumbraba á llamarla años atrás.

No le quedaba á Juanilla en el mundo más amparo que los acertados consejos de la afable citada directora y en busca de alivio para sus penas había ido á pedirselos:

—Mi buena doña Amalia, las mujeres como yo, de tan pésimos antecedentes, no tenemos los mismos derechos de las demás. Podemos andar, recorrer mucho trecho, alcanzarlo todo, mas de pronto se alza ante nosotras un muro infranqueable que nos divide la sociedad en dos mitades. ¡Infeliz de aquella que osare rebelarse! Las gentes ignorantes, molestadas por nosotras, nos arrojarán al abismo de la más despiadada calumnia. Por temor de que mi marido fuera irreflexivo...

—Pero ¿te casaste, Juanilla?

—Si, doña Amalia... y sé lo que es el amor de un hombre...

—¿Tu esposo conoce los pormenores de tu vida?

—El dijo que creía en mí y me halagó tanto su confianza que preferí desde aquel instante, enterrar mi vida de antaño. ¡Oh, jamás lo hiciera para verme libre del inmenso dolor que hoy embarga mi alma!

—¿Tu esposo, enterado de todo por otro conducto que el tuyo, te ha arrojado acaso de su casa?

—Yo le abandoné antes, anteponiendo has-

ta el último sacrificio el firme deseo de no oírle jamás hacerme un reproche. ¡Y me estoy muriendo de pena! ¡Desgraciada de mí!

Juanilla le fué contando á su antigua directora todo lo sucedido desde su salida del reformatorio, refiriéndole minuciosamente el modo de ser de la tía insensata de su esposo, y terminó diciéndole:



—Mi buena doña Amalia, las mujeres como yo, de tan pésimos antecedentes,...

—Lo que acabo de hacer devuelve á la sociedad á mi marido y el sosiego á mi espíritu. Quiero retirarme en cualquier villorrio apacible... y adoptar á algunos huérfanos y desamparados del arrabal. Es fácil encontrar estos

infelices.

—Tu propósito te enaltece, Juanilla. Desde luego, puedes contar con mi ayuda y recomendación al ministro, de tu proyecto.

—Gracias, doña Amalia.

Pasó algún tiempo. Juanilla, rodeada de niños y niñas sin familia, sacrificándose por todos por un igual, no podía olvidar y hacía supremos esfuerzos por resignarse. El cariño de esos pobrecitos huérfanos, llenaba su corazón, pero no cubriría nunca el otro amor.

Meigs, perdida la esperanza de encontrarla, se decidió por último á ir al reformatorio á enterarse de la opinión de la Directora acerca de su esposa.

Doña Amalia, que fácilmente comprendió quien era Meigs, con toda nobleza le hizo grandes elogios de Juanilla y, convencida de que él, que seguía queriéndola, anhelaba encontrarla, le indicó su paradero, revelación que Meigs agradeció infinitamente.

Atento sólo á reconciliarse con Juanilla, su esposo partió á su encuentro aquel mismo día.

A la mañana siguiente, Meigs llegó al lugar anunciado por la Directora del reformatorio, cuando el sol bañaba de oro las traviesas cabecitas de los niños que jugaban en el jardín.

Una niña le recibió en la casa.

—¿Vive aquí la señorita Cusing?— le preguntó.

—Sí, señor. Está allí. Voy á decirle que venga.

El encuentro, después de la brusca separación, fué, hasta cierto punto, de un misticismo

desconcertante.

—Bien temía yo que algún día me encontrarías, Meigs...

—Desde que te marchaste, mi vida no ha sido más que una investigación constante.

—Perdóname, Meigs. Cuando me casé contigo, tenía el presentimiento de que no podía durar mucho tiempo la felicidad.

—La felicidad sería nuestro huésped si te convencieras de que te amo lo bastante para olvidar tu pasado desgraciado, pero sin culpa.

—No, no podemos unirnos, Meigs; es demasiado alta la barrera que nos separa....

—La dicha nos espera; ten fe en mí....

—No, Meigs, la dicha no vuelve.... Te amo aún, te amaré hasta que muera, pero vete... Te lo ruego... Déjame que te dé un beso de despedida, como te lo dí una vez antes, sin que lo vieras, en tus ropas.... Adiós....

—Pero, Juanilla....

—Es imposible, Meigs; es imposible....

—Está bien; me voy....

Se fué, en efecto; pero no decidido á renunciar á Juanilla, sino, al contrario, dispuesto á vencer su temor de que su pasado no la concediera todos los beneficios que correspondían á una digna esposa. Apelaría para ello á todos los medios, é incluso suplicaría, con convigente humildad á su tía y á su madre, que observaran ellas mismas, sobre el lugar, la conducta de Juanilla y consultaran con su corazón si su bondad á toda prueba no suplía con exceso lo demás.

Con estas reflexiones alejábese Meigs por el jardín... mientras que Juanilla, considerando

que su esposo había partido para siempre, en aquel momento de agudo dolor su conciencia rechazaba enérgica aquella monstruosidad nacida de absurdos prejuicios.

Junto á la verja del jardín, una niña, jugando bulliciosamente, cayóse y se dislocó un pié. Meigs presenció la caída, tomó en sus brazos á la criatura y se la llevó á Juanilla.

Entonces la voz del deber y del amor fueron más fuertes... Juanilla se rindió por completo, más entera que la primera vez, porque su corazón estaba limpio de dudas...

El milagro de la sólida é imperecedera reconciliación amorosa, lo debían á la inocente intervención de la niña, una pobrecita sin nombre como lo había sido Juanilla.

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

---

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA  
Topete, 2 al 16 — Tarrasa

## Aviso de mucho interés para nuestros lectores

Otra copia INDECENTE y PUNIBLE de nuestra idea, EXCLUSIVAMENTE NUESTRA, LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA, ha sido puesta á la venta.

Parece mentira que existan ciertas desaprensivas personas, si se les puede consentir este calificativo, que viven de copiar las ideas de los demás.

No queremos exteriorizar en mayor grado nuestra protesta, DESDE ESTAS LINEAS, reservándonos hacerlo por otro conducto, para no cansar inútilmente á nuestros lectores con la demostración de la razón que nos asiste en condenar la competencia ilegal que se hace á nuestra idea tan favorablemente acogida por el público. Baste decir que confiamos en el buen sentido común de nuestros distinguidos lectores para que se haga justicia á quien más la merezca por sus propios méritos.

Mil gracias por adelantado.

LA DIRECCIÓN.

## La Novela Semanal Cinematográfica

### Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre a hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Amor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El remedio gordo. 24, La desconocida. 25, Robin de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frivolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre. 41, Madame Morland (extraordinario). 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal.

### Postales-fotografías

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Bianca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June aprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimb Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan.